

La cara oculta de la democracia: la limpieza étnica y política como tradición moderna

El número de víctimas provocadas por genocidios a lo largo del siglo xx es algo superior a los sesenta millones y continúa aumentando¹. Pese a todo, tanto los especialistas como los legos en la materia han preferido centrarse en temas más saludables. Si de alguna manera piensan sobre el genocidio, lo consideran una interrupción desafortunada de las tendencias estructurales reales del siglo xx: el progreso económico, social y político. La limpieza étnica y política homicida se identifica con una regresión a lo primitivo, esencialmente antimoderna, y son grupos atrasados o marginales quienes la perpetrar, manipulados por políticos astutos y peligrosos. La culpa la tienen los políticos, los sádicos, los terribles serbios (o croatas) o los primitivos hutus (o tutsis), puesto que sus acciones poco tienen que ver con nosotros. Un enfoque

¹ Este ensayo fue preparado para el encuentro organizado por *The Social Science Research Council Workshon*, «Democracia, uso de la fuerza y cambio social global» (*Democracy, the Use of Force and Global Social Change*), Universidad de Minnesota, 1-3 de mayo de 1998. Las actas de la conferencia, incluida una versión ligeramente modificada de este ensayo, van a ser próximamente publicados en *Democracy, Liberalism and War: Rethinking the Democratic Peace Debate*, editado por Tarak Barkawi y Mark Laffey Boulder, Colorado: Lynne Rienner Press, 2000.

distinto, a menudo derivado de una perspectiva religiosa, considera la facultad para el mal atributo universal de los seres humanos, «civilizados» o no. Esto es cierto; sin embargo, la facultad para el mal sólo llega a materializarse en determinadas circunstancias y éstas, en el caso del genocidio, más que primitivas parecen inconfundiblemente modernas.

De hecho, la mayor parte del pequeño grupo de especialistas que estudia los casos de genocidio y masacres –Armenia, la «Solución Final» nazi, el stalinismo, Camboya, Ruanda– han recalcado la modernidad del horror. Leo Kuper estableció las bases esenciales de los estudios sobre el genocidio al observar que el monopolio de la soberanía que ostentaba el Estado moderno sobre territorios que en realidad eran plurales culturalmente y estaban estratificados económicamente, creó tanto el deseo como el poder de cometer genocidio². Roger Smith ha subrayado cómo, por regla general, el genocidio ha sido un instrumento premeditado de la política del Estado moderno³. Algunos de estos especialistas ponen el acento en la tecnología que los responsables tienen a su disposición: las armas modernas, los transportes y la administración han intensificado la eficacia del asesinato masivo, burocrático y despersonalizado⁴. Sin embargo, Helen Fein identifica, junto a los medios tecnológicos, objetivos ideológicos modernos, puesto que «las víctimas del genocidio premeditado del siglo xx fueron asesinadas con el fin de llevar a cabo el proyecto del Estado de instaurar un nuevo orden»⁵. Fein subraya el potencial genocida de los «mitos» o «fórmulas políticas» modernos: las ideologías de la nación, la raza y la clase.

En el nombre del pueblo

Pero observemos una cualidad que todos los genocidas comparten. Se han justificado a sí mismos –y han justificado sus genocidios– «en nombre del pueblo». Por lo que a esto se refiere, no se diferencian de otras ideologías más moderadas del siglo xx, puesto que éste ha sido la era de las masas. En todos los diversos tribunales de justicia alemanes de los últimos ochenta años –de Weimar al nazismo, de la RDA comunista a la *Bundesrepublik*– los jueces han utilizado la misma fórmula de apertura: «*In Namen des Volkes*» («En el nombre del pueblo»). Los tribunales americanos prefieren la fórmula «El caso de X contra el pueblo». Al reivindicar legitimidad en nombre de «el pueblo», los regímenes genocidas reivindican su afinidad con movimientos como el liberalismo o la socialdemocracia que, por lo general, son reconocidos como los detentores de la verdadera modernidad. En efecto, mi tesis al respecto es que el genocidio moderno puede ser considerado como «la cara oculta de la democracia».

Sin embargo, ésta es una opinión poco convencional. La actualmente dominante escuela de la «paz democrática» ha declarado que las

² L.Kuper, *Genocide: Its Political Use in the Twentieth Century*, New Haven, 1981.

³ R. Smith, «Human Destructiveness and politics: The Twentieth Century as an Age of Genocide», en *Genocide and the Modern Age*, editado por I. Wallimann & M. Dobkowski, Nueva York, 1987.

⁴ Véase Z. Baumann, *Modernity and the Holocaust*, Ithaca, 1991.

⁵ H. Fein, *Accounting for Genocide*, Nueva York, 1979, p. 8.

democracias son esencialmente pacíficas, que rara vez van a la guerra y que casi nunca lo hacen una contra otra. Son la absoluta antítesis del genocidio. El principal representante de esta escuela en estudios sobre genocidio es Rudolph Rummel⁶. Rummel sostiene que cuanto más autoritario es un Estado, más probabilidades existen de que cometa un genocidio. Manejando un gran número de estadísticas del siglo XX sobre el genocidio, este autor concluye que las democracias no llevan a cabo prácticamente ninguno. Reconoce unos pocos casos en los que sí que lo han hecho, pero afirma que esto ha ocurrido en tiempos de guerra, en los que la masacre se ha llevado a cabo secretamente y no bajo un mandato democrático. Constituyen, por tanto, excepciones que confirman la regla. No es éste un argumento arbitrario si nos centramos en casos de atrocidades a pequeña escala, como My Lai en la guerra de Vietnam —suceso que sí fue procesado y condenado por la democracia americana una vez descubierto—. Pero Rummel fracasa a la hora de identificar los casos más importantes de «masacres democráticas», como el bombardeo de Dresde o Tokio, el lanzamiento de las bombas atómicas o el ataque con bombas de napalm sobre los campos vietnamitas —cuyo número de víctimas también minimiza—. Aunque en estos casos obviamente se mantuvo cierto grado de secreto militar, los gobiernos americano y británico tomaron estas decisiones con arreglo al correspondiente proceso constitucional democrático. Por otra parte, los genocidios autoritarios también se cometen en tiempos de guerra y con la pretensión de mantenerlos en secreto. Hitler cometió casi todos sus asesinatos durante la guerra y no se atrevió a hacerlos públicos —de hecho, tampoco se atrevió Stalin—. Pero existen excepciones más numerosas a la «ley» de Rummel: los frecuentes estallidos genocidas desencadenados desde el siglo XVII hasta principios del XX por colonos europeos que vivían bajo gobiernos constitucionales. Rummel los menciona brevemente, minimiza de forma absurda el número de asesinatos, sugiere vagamente que los «gobiernos» podrían haber sido responsables y fracasa a la hora de explicarlos. De hecho, Rummel nunca aclara *por qué* un gobierno querría asesinar a una enorme cantidad de personas. Después de todo, casi todos los regímenes históricos han sido autoritarios y, sin embargo, no han llevado a cabo masacres masivas. Como sostendré a continuación, *existe* una relación entre la democracia y el genocidio, pero resulta más compleja y de doble filo de lo que Rummel reconoce.

Robert Melson intenta explicar el genocidio en función de las guerras que acompañan a una revolución. Este autor afirma que las revoluciones socavan las restricciones institucionales y morales de los regímenes anteriores, creando un potencial vacío moral⁷. Además, abren paso a revolucionarios que buscan una transformación global de la sociedad en nombre de un «pueblo» mítico. Ese «pueblo» necesita entonces ser definido y delimitado, lo que puede acabar excluyendo a los adversarios, acaso a través de métodos violentos. Y la guerra, ar-

⁶ R. Rummel, *Death by Government*, New Brunswick, 1994, pp. 12–24.

⁷ R. Melson, *Revolution and Genocide: On the Origins of the Armenian Genocide and the Holocaust*, Chicago, 1992, cap. 9.

guye Melson, agrava los sentimientos de vulnerabilidad y/o invencibilidad de los regímenes, posibilita que los Estados se hagan más autónomos, les permite optar por políticas alternativas más «radicales» y aumenta la vulnerabilidad de las víctimas. La combinación de revolución y guerra puede por tanto convencer a un régimen de que los adversarios interiores están confabulados con enemigos mortales del exterior, y son por ello legítimamente eliminables. Pero Melson se muestra prudente al afirmar que éste no es un resultado necesario. En Cuba, por ejemplo, el ciclo de revolución y guerra dio únicamente lugar a la expulsión de la burguesía y no a su asesinato. Asimismo, este autor reconoce que combinaciones más tempranas de revolución y guerra –por ejemplo las revoluciones inglesa, americana y francesa– eran menos susceptibles de desencadenar genocidios que combinaciones posteriores, aunque no ofrece ninguna buena explicación para ello. Por último, Melson no advierte que la expansión de las ideologías de la nación, la raza y la clase, utilizadas para legitimar el genocidio, se precipita enteramente en los tiempos modernos, acompañada o no por revoluciones o guerras.

Rummel, y especialmente Melson, nos ofrecen análisis genuinos, pero no van lo suficientemente lejos. Si queremos comprender el aumento del genocidio legitimado ideológicamente y perpetrado por el Estado, debemos comprender que éste ha sido el producto pervertido de la institución más sagrada de la modernidad occidental: la democracia. Por consiguiente, el genocidio puede considerarse, en dos sentidos distintos, como «la cara oculta de la democracia»: la consecuencia más indeseable de la práctica moderna de conferir al «pueblo» la legitimidad política.

El pueblo y su «otro»

En primer lugar, reunámonos con «el pueblo» en una de sus primeras declaraciones:

Nosotros, el pueblo de los Estados Unidos, con el fin de formar una Unión más perfecta, de establecer la Justicia, asegurar la Tranquilidad nacional, proporcionar una defensa común, fomentar el Bienestar general y garantizar los Beneficios de la Libertad para nosotros y para nuestra Posteridad, decretamos y fundamos esta CONSTITUCIÓN para los Estados Unidos de América.

«El pueblo» descrito en el preámbulo a la Constitución americana ha tenido una enorme influencia en el mundo. Hoy en día legitima casi todos los Estados modernos –y, por tanto, es visto universal e incondicionalmente como una comunidad provechosa y moral–. Pero si se confiere la soberanía y la legitimidad moral a la mayoría de la población de un territorio dado, pueden surgir dos problemas. En primer lugar, se concibe que el cuerpo ciudadano comparte características virtuosas específicas, étnicas y/o políticas, que permiten distinguirlo de poblaciones no-ciudadanas o de vecinos sin derecho a la ciudadanía. «Nosotros, el pueblo», puede generar el sentido del «otro» extraño. En segundo lugar, si la soberanía se concibe también como un asunto territorial, lo cual es una característica habitual de

los Estados modernos, entonces el «otro» puede ser excluido físicamente del territorio del pueblo.

No obstante, es necesario establecer dos grupos de distinciones en la búsqueda de posibles implicaciones de este tipo. Yo distingo, en primer lugar, dos «pueblos» bastante diferentes, implícitos en la práctica democrática: un pueblo *estratificado* y otro *orgánico*. Aunque ambos tienden a conceptualizar a los «extranjeros» como «otros», el pueblo orgánico puede excluir también a muchas personas que de otra forma podrían ser consideradas ciudadanos. Si se concibe que el pueblo o la nación están estratificados internamente, entonces el papel principal del Estado es el de mediar y conciliar los grupos de interés en competencia. Un Estado de este tipo protege la diversidad dentro del cuerpo ciudadano y, por tanto, existen relativamente pocas posibilidades de que fomente la limpieza étnica y política en su interior. Sin embargo, si se concibe el pueblo o nación como un elemento orgánico, como «una unión perfecta, única e indivisible» (como en «el credo americano»), entonces algunos líderes y movimientos pueden tener la tentación de procurar intensificar la «pureza» del pueblo o nación orgánica suprimiendo la diversidad real de sus supuestos miembros. De hecho, muchos regímenes modernos que afirman ser democráticos, han manifestado una marcada tendencia a la limpieza étnica y política.

En segundo lugar, debemos distinguir entre diferentes tipos y grados de «limpieza», y debemos hacer constar claramente que la mayoría no se acercan al genocidio. Los tipos más moderados han sido los más habituales. Se trata de la *integración inducida*, la *inmigración inducida* y la *emigración inducida*, y en ninguno de estos casos existe un nivel de coerción significativa. Durante la integración inducida, el «otro» busca voluntariamente la integración dentro del grupo dominante. Ésta ha sido la forma característica de limpieza de grupos inmigrantes en los Estados Unidos: a medida que buscaban prosperidad económica y aceptación social, y se convertían en estadounidenses, perdían gran parte de su sentido de especificidad sociocultural. Ésta es una forma de limpieza relativamente inofensiva, lamentada únicamente por quienes valoran la conservación de culturas tradicionales. Los programas de inmigración inducida también ofrecen incentivos, por lo general a grupos culturalmente semejantes a la población de acogida, al tiempo que excluyen a «otros» diferentes, como, por ejemplo, en la política de inmigración de la «Australia blanca» de los últimos tiempos. La tercera forma de inducción, la inducción a emigrar, ha sido a menudo impulsada por nacionalistas de derechas, tales como los nuevos Frentes Nacionales, pero rara vez se hace efectiva y, cuando esto ocurre, aparece teñida de coerción.

El primer paso en la intensificación de la limpieza es la *integración forzosa*. Aquí se obliga al «otro» por la vía institucional a unirse al grupo dominante y abandonar su antigua identidad. Su lengua puede estar vedada en escuelas u oficinas, su religión prohibida, sus apellidos distintivos cambiados a la fuerza. Aunque todo ello resul-

te desagradable, en estos casos se da poca coerción física y no hay expulsiones o asesinatos. Una forma característica de violencia media, por lo general empleada únicamente contra «otros» poco numerosos, es la *asimilación biológica*: se impide que la minoría se reproduzca a través de leyes matrimoniales restrictivas y, en casos extremos, a través de la esterilización. Naturalmente, el grupo oprimido puede reaccionar frente a alguna de estas presiones con la «opción de salida» voluntaria que constituye la emigración, con lo que también la limpieza se profundiza. El siguiente paso constituye el primer caso evidente de exclusión territorial, la *emigración forzosa*, el desplazamiento del «otro» del territorio soberano, apremiado por el uso efectivo de la fuerza: hostigamiento físico, expropiación de sus propiedades, etcétera; bajo tales circunstancias se vuelve demasiado difícil resistir en el domicilio actual. El escalón siguiente es la *deportación*, el desplazamiento organizado y forzoso de los territorios del Estado. Después viene la *limpieza homicida*, es decir, los asesinatos organizados. Esto puede reconducir simplemente a la emigración forzosa. Pero, en casos excepcionales, el asesinato puede llevar a la intensificación definitiva, al *genocidio*, el intento deliberado y sistemático de aniquilar una población particular. El genocidio apenas se produjo en los siglos anteriores a éste.

Naturalmente, las distinciones descritas son tipos ideales. La mayor parte de las presiones ejercidas sobre los «otros» reales han estado bastante mezcladas. Por ejemplo, el *pogrom* histórico dirigido contra los judíos se caracterizaba por niveles considerables de violencia, saqueo y violación, y alguna conversión religiosa forzosa, pero sólo ocasionalmente se incurría en el asesinato. La mayor parte de los responsables (y sin duda los dirigentes políticos que a menudo les alentaban) no podían ni imaginar la eliminación completa de los judíos, ya que éstos eran demasiado útiles. Por otra parte, la limpieza se desarrolla típicamente a base de estallidos irregulares y, por lo general, después se desvanece o produce contragolpes. Afortunadamente, el genocidio está lejos de ser el desenlace inevitable de procesos de este tipo. Por último, lo más habitual es que tales políticas se dirijan contra grupos étnicos, aunque puede ocurrir que se centren en grupos religiosos o adversarios políticos. Por lo general, la limpieza política ha sido la más moderada, mientras que la limpieza étnica ha sido la más dura. Examinemos, pues, las principales formas de limpieza moderna.

La democracia liberal y su cara oculta

Generalmente, las descripciones del liberalismo recalcan el individualismo burgués. Se dice que las democracias liberales son pacíficas porque las constituciones liberales protegen ante todo los derechos humanos individuales. Mi posición es distinta: a mi modo de ver, no es tanto el individuo desencarnado como los grupos, especialmente las clases sociales, lo que resulta central para el liberalismo. Sostendré aquí que es la lucha de clases y su institucionalización —mucho más que un respeto esencialista por los derechos humanos— lo que ha impedido a las democracias liberales llevar a

cabo depuraciones atroces en pleno corazón del cuerpo ciudadano. No obstante, las democracias liberales *han* perpetrado limpiezas masivas, a veces equivalentes a un genocidio, en contextos coloniales donde amplios grupos sociales se situaban por definición fuera de la noción de «el pueblo». Consideremos sucesivamente los dos casos liberales.

Obviamente, «el pueblo» no fue en realidad quien «decretó y fundó» la Constitución americana. Quienes la redactaron fueron cincuenta y cinco caballeros blancos de mediana edad, todos ellos propietarios y del más alto rango, encerrados durante dos semanas en Filadelfia. Afirmaban representar al «pueblo» de las trece colonias. Pero, ¿quién era exactamente ese «nosotros, el pueblo»? Los padres fundadores no pretendían incluir ni a las mujeres, ni a los esclavos, ni a los nativos americanos. La mayoría de ellos no quería incluir a los varones blancos sin propiedad; en otras palabras, a las clases bajas. Los políticos británicos de la época fueron más explícitos y distinguieron entre «el pueblo» y «la plebe». La plebe comprendía las clases bajas, la muchedumbre, el populacho —definitivamente, no una parte de «nosotros, el pueblo». Ese «nosotros» estaba compuesto por grupos de varones acaudalados denominados «*interests*»⁸: caballeros, comerciantes, fabricantes, artesanos, etcétera. Se admitía que estos grupos eran fraccionarios, si bien estos hombres con propiedades y educación compartían también «un interés común por la nación». Se reconocía que el cuerpo ciudadano estaba estratificado internamente y que, al mismo tiempo, existía por encima de las clases bajas, que tenían acceso a algunos, pero no a todos, los derechos de ciudadanía.

Existían dos formas a través de las cuales esa estratificación contenía la antipatía de «nosotros, el pueblo» hacia «el otro» —y ambas prolongaban la tradición de contención demostrada por los primeros «antiguos regímenes», compuestos únicamente por clases aristocráticas y muy privilegiadas—. En primer lugar, los movimientos de profundización de la democracia liberal, de extensión de ese «nosotros, el pueblo», estaban dominados por las relaciones de clase, con las que los actores políticos ya estaban bastante familiarizados. Los debates en torno a la extensión del sufragio estaban marcados por viejas cuestiones. ¿Qué propiedades darían derecho al sufragio? ¿Se debería otorgar a los empleados o a los criados —incapaces de juicio independiente— el derecho a votar, a formar parte de un jurado o a desempeñar un cargo? ¿Deberían tener algunas clases más votos que otras? Se reconocía que, tal y como ya ocurría en el interior del cuerpo ciudadano, se podía llegar a un compromiso entre estos intereses plurales de clase y estrato, pero no eliminarlos. «El pueblo» no era único e indivisible, sino plural y estratificado. Por tanto, la esencia política de la democracia liberal no es tanto el individualismo como la aceptación de la legitimidad de grupos de intereses opuestos. Estos grupos perduran en el tiempo, institucionalizados en un sistema de partidos; no pueden ser rebasados, superados, limpiados. Y en la medida en que el Estado es principalmente un media-

⁸ Partidos o grupos de interés y de presión. {N. del T.}

dor entre intereses, se trata de un Estado limitado, que posee pocos poderes propios.

El conflicto como pilar de la democracia

Junto a la clase como tema central de conflicto en los regímenes liberales, surgieron pronto la edad y el género. ¿Deberían disfrutar únicamente los cabeza de familia de plenos derechos, y a qué edad se podría estimar que otros varones de la familia poseían un juicio independiente? Después apareció el género, entrelazado con la edad y la clase, de forma que las mujeres de cierta edad o clase pudieron ser consideradas responsables políticamente antes que otras mujeres. Esto da lugar a la segunda causa de contención. Tanto la clase como la edad y el género estratifican, pero por lo general no segregan a la población en comunidades diferentes. Estos grupos deben vivir y trabajar necesariamente hombro con hombro. Incluso durante períodos de intenso conflicto de clases, trabajadores y patrones pasaban la mayor parte de las horas de vigilia cooperando entre sí. Asimismo, las personas de distintas edades y los hombres y las mujeres viven y forman familias conjuntamente. Aunque se puede producir cierta segregación residencial entre clases, también éstas son por lo general interdependientes. Tal interdependencia funciona como contención de la mayor parte de la antipatía potencial entre «nosotros, el pueblo», y «el otro».

El conflicto de clases siempre ha sido importante en el desarrollo de la sociedad moderna. Ha tendido a dar como resultado instituciones liberales y socialdemócratas. Y esto es también cierto para el conflicto de edad y género. Todos estos grupos permanecen como intereses contrapuestos en el interior del pueblo, y se reconoce que tienen conflictos legítimos, todos ellos institucionalizados en los sistemas multipartidistas de inspiración democrático-liberal o socialdemócrata. La estratificación es la esencia de ambas. Puesto que esta forma de democracia no intenta eliminar la explotación, siempre algunos grupos se sentirán oprimidos y constantemente se sublevarán contra nuevas formas de explotación. Pero el conflicto de clase en el interior de las instituciones liberales no se resuelve limpiando el país de adversarios, y menos aún por medio de masacres masivas. Por tanto, aunque el capitalismo no es en sí mismo particularmente benigno, la resistencia de clase que genera tiende a producir la conciliación liberal.

La importancia del conflicto de clases y, posteriormente, del conflicto de género en los Estados liberales supuso que, en Europa, la cuestión étnica —las comunidades lingüísticas o las supuestas comunidades de origen— desempeñara un papel menor en los comienzos de la política moderna. Todos los terratenientes británicos eran considerados ciudadanos —hablaran inglés, celta o gaélico (y por entonces muchos de ellos lo hablaban)—. La religión, que constituía un eje más antiguo de estratificación, siguió teniendo importancia, especialmente en la única colonia interna de Europa, Irlanda. En esta región, la cuestión religiosa continuó situando la «Constitución protes-

tante» frente al «otro» católico «incivilizado», produciendo en ocasiones masacres masivas. Pero, hasta el siglo XX, la mayoría de los grupos étnicos, e incluso religiosos, dominantes contaban con *integrar* al «otro». Esto podía implicar cierto grado de coerción institucional, especialmente para suprimir lenguas minoritarias. Pero no se obligaba al «otro» a irse y ni mucho menos se le masacraba. Tenía la posibilidad de hacerse inglés, francés o alemán⁹.

En Europa, los Estados liberales gobernaban únicamente en el noroeste —en los países nórdicos, los Países Bajos, Francia, Suiza y las islas Británicas—. Como veremos más adelante, en la otra mitad de Europa, el liberalismo avanzaba con más dificultad. Pese a todo, casi la totalidad de los países europeos occidentales también tenían colonias. Especialmente en las colonias de pioneros, el organicismo impregnó la idea de «el pueblo». Aunque se admitía que el pueblo contenía intereses diversos, se consideraba orgánico bajo un aspecto: era esencialmente «europeo», superior a otras «razas», aunque potencialmente contaminado por ellas. Por tanto, parte de los Estados que empecé denominando «liberales», eran en realidad duales. Tenían una cara oculta. El compromiso de clases capitalista, la democracia liberal y la tolerancia entre los colonos europeos estaban contruidos sobre terribles atrocidades perpetradas contra «otros» indígenas, dado que se trataba de la democracia del *Herrenvolk* [pueblo dominante]. Los peores pronósticos se cumplieron allí donde la colonización fue llevada a cabo por familias completas de pioneros. En estos casos, los colonos estaban más interesados en apoderarse de las tierras de los nativos que en comerciar con ellos o explotar su trabajo. Estas familias tampoco necesitaban tener descendencia con los nativos, ni se generaban a la larga matrimonios mixtos. Por tanto, era más probable que vieran a los nativos como un «otro» racial y que simplemente intentaran quitárselos de encima por cualquier método eficaz, incluido el asesinato masivo. A menudo, esto implicaba deportaciones brutales y, en ocasiones, se traducía en estallidos de genocidio deliberado. La esclavitud brutal constituía, en realidad, una alternativa más moderada: con ella, por lo general, no se eliminaba al grupo «inferior», sino que se le explotaba y se le mantenía segregado fuera de las instituciones liberales de los europeos.

Los pioneros y sus víctimas

Observo dos características constantes de la cara oculta colonial. En primer lugar, los pioneros gozaban a menudo de autogobierno local de hecho, dijese lo que dijese la Constitución. Para este período, se trataba de comunidades inconfundiblemente «democráticas», pero, pese a todo, las limpiezas étnicas que perpetraban entre los nativos eran, por regla general, peores que las perpetradas por las autorida-

⁹ De hecho, la mayor parte de las limpiezas violentas de este período se produjeron en general en la periferia europea, donde las clases explotadas podían considerarse también inferiores culturalmente, aunque en pocas ocasiones se podía hablar de inferioridad étnica. Así sucedió en las feroces *Highland clearances* (limpiezas de las tierras altas de Escocia) de arrendatarios perpetradas por los propietarios de tierras, que tuvieron como consecuencia altos niveles de emigración forzosa al Nuevo Mundo.

des imperiales menos democráticas de la colonia. Las coronas, virreyes y gobernadores españoles, portugueses y británicos, la Iglesia católica y algunas Iglesias protestantes solían ser más moderadas con los nativos que los propios pioneros, lo cual explica que la mayoría de los indios apoyara a los ingleses en la guerra de Independencia de los Estados Unidos. En segundo lugar, los estallidos genocidas deliberados eran más habituales entre los colonos ingleses que entre los españoles o portugueses. En ambos casos, descubrimos que cuanto más sólida es la democracia entre los responsables, mayor es el genocidio.

Pero observemos también cómo las propias instituciones políticas de los pueblos nativos eran normalmente mucho más democráticas que las de los colonos. Las formas indígenas de participación política eran más «directas» que representativas, pero los derechos de cualquier miembro varón de las tribus y naciones nativas –y a veces también los de las mujeres– eran por lo general mucho mayores que los de los ciudadanos de las democracias representativas liberales. Por ejemplo, podían abandonar libremente la tribu o nación o negarse a luchar por ella. La escuela de la «paz democrática» ha excluido de sus cálculos a grupos como las naciones indias, sobre la base algo dudosa de que no tenían Estados estables y diferenciados de tipo «moderno». Aunque esta perspectiva resulte oportuna para el tono autocomplaciente de muchos de sus escritos, es ilegítima incluso según sus propias definiciones. Las naciones indias sí que desarrollaron Estados constitucionales estables a mediados del siglo XIX –por ejemplo, los cherokee en 1827 y los choctaw, chickasaw y creeks en el período de 1856 a 1867–. Una de las causas que propició tal evolución fue la presión por parte del gobierno estadounidense para que formaran un gobierno «responsable» con el que poder negociar¹⁰. Como era de prever, las negociaciones se convirtieron en expropiaciones y deportaciones en masa, salpicadas por estallidos genocidas. Por tanto, las democracias liberales realmente cometieron genocidios contra otras democracias repetidas veces. Si contáramos, uno por uno, los casos en los que «el pueblo» de los Estados Unidos, Canadá y Australia perpetró masacres masivas entre las poblaciones de cada una las naciones indias y aborígenes, probablemente podríamos invertir las estadísticas de Rummel hasta el punto de concluir que los regímenes democráticos son más susceptibles de cometer genocidios que los regímenes autoritarios. Pero yo no tengo deseo alguno de dar la vuelta al artefacto estadístico; sólo quiero sugerir una realidad sociológica más restringida: que en las sociedades coloniales «duales», las democracias de los pioneros eran más susceptibles de perpetrar limpiezas étnicas masivas contra otras democracias, llegando en ocasiones al genocidio.

¿Era ésta una conexión *necesaria* entre las dos caras de la democracia liberal, entre la auténtica democracia y el genocidio? En cierto sentido, no: la emergencia de los regímenes liberal-democráticos en

¹⁰ D. Champagne, *Social Order and Political Change: Constitutional Governments under the Cherokee, the Choctaw, the Chickasaw and the Creek*, Stanford, 1992.

el corazón de la Europa noroccidental no dependía del genocidio en la periferia colonial. Se trataba de un proceso autóctono, originado desde el interior de Europa. Estamos por tanto ante dos fenómenos distintos. Sin embargo, había otra conexión. En la medida en que las autoridades imperiales, especialmente las de España y Portugal, no tenían el compromiso de gobernar «por el pueblo», existían menos probabilidades de que desarrollaran teorías que enfatizaran los rasgos raciales (o de otro tipo) comunes a todos los colonos. Por el contrario, puesto que los pioneros deseaban legitimar el gobierno «del pueblo», al tiempo que se esforzaban en limitar la extensión del «pueblo» a los europeos, tendían a desarrollar la teoría del «pueblo» como «raza». Éste es el primer sentido en el que el genocidio constituía la cara oculta de la democracia.

Todo esto se desarrolla en sentido inverso a la explicación que da Rummel del genocidio en términos de «paz democrática» —por lo menos a comienzos de la era Contemporánea—. Únicamente respecto a los europeos y luego, mucho después, respecto a los pocos supervivientes indígenas o a los descendientes de los esclavos, puede decirse que los Estados Unidos y Australasia han sido Estados liberal-democráticos y, por lo general, no homicidas. La limpieza étnica, homicida, que conducía a deportaciones y que, en el peor de los casos, llegaba a convertirse en genocidio, fue central para la modernidad liberal del Nuevo Mundo —perpetrada primero por las colonias de pioneros, luego por las «primeras nuevas naciones»—. El proceso prosiguió en Norteamérica y Australia, hasta que ya no quedó prácticamente ningún pueblo nativo que exterminar. No se trataba de un producto de la democracia *per se*, sino de un producto de la democracia en el marco de la explotación colonial.

La democracia orgánica antes de 1915: la cara oculta como elemento dominante

Si contrastamos la evolución en el centro, este y sudeste de Europa con la del noroeste europeo, nos encontramos con tres diferencias esenciales. Éstas fueron las principales causas del dominio de las concepciones orgánicas, antes que liberales, del Estado-nación. Condujeron rápidamente a la hegemonía de una cara oculta y, por último, al fascismo. Las tres también se encuentran con frecuencia en el mundo en vías de desarrollo contemporáneo, razón por la cual tanto el genocidio como el fascismo puedan repetirse allí.

En primer lugar, las aspiraciones a la democracia aparecieron de forma tardía en estos países más atrasados. Por tanto, aparecieron en una época en la que la teoría política más «avanzada» era la de la democracia madura, dominada por la idea de que *todo* el pueblo —en otras palabras, «el pueblo» y «la plebe» de la Inglaterra del siglo XVIII— debía gobernar. En el centro, el este y el sur de Europa, los sufragios limitados y estratificados de tipo angloamericano pronto fueron arrollados por legitimaciones más populares. Procurando, no obstante, mantener a las masas a raya, las elites desarrollaron un régimen de mediación diferente, limitando no tanto el sufragio como la

soberanía del Parlamento. Todos los varones podían votar, pero sus representantes tenían que compartir el poder legislativo con un ejecutivo fuerte —una monarquía, por lo general—. El *Kaiserreich* alemán era el prototipo: el *Reichstag*, un Parlamento elegido por sufragio universal masculino, compartía poderes con el *Kaiser* y sus ministros.

Esto significaba que las elites podían usar su poder dentro del Estado para manipular y movilizar al «pueblo» desde arriba. Su capacidad para hacerlo se incrementaba gracias al atraso económico de la mayor parte de la región. Aquí, «el pueblo» todavía era en su mayoría rural o vivía de humildes trabajos artesanales o de empleos clandestinos eventuales, en la mayoría de los casos fuera del alcance de las organizaciones de la clase trabajadora, aunque éste no sería el caso de Alemania. Más recientemente, nos encontramos con casos muy semejantes en buena parte del mundo. El sufragio limitado apenas parece posible en los actuales países del sur. O todo el mundo tiene derecho a votar, o nadie lo tiene, aunque el voto pueda ser, en cierta medida o en gran parte, una farsa. De este modo, aumentando los poderes ejecutivos, esta primera diferencia llevaba el *estatalismo* más allá de los umbrales del liberalismo.

En segundo lugar, a estas alturas se esperaba que los Estados hicieran mucho más por sus ciudadanos: que suministraran infraestructuras favoreciendo la integración de los territorios, que participaran en guerras de movilización masiva, que fomentaran el desarrollo económico y que organizaran el bienestar social. Como observa Víctor Pérez-Díaz, el Estado se convirtió en «el detentor de un proyecto moral»¹¹. En la última década del siglo XIX y la primera del XX, hubo una ebullición de proyectos estatalistas: entre la extrema derecha, con los escritos de protofascistas como Barrès y Maurras; en torno al centroderecha, con el catolicismo social, y dentro del centroizquierda, con grupos como los «socialistas de cátedra» alemanes, los «nuevos liberales» británicos, los republicanos radicales franceses y la intelectualidad liberal rusa, la *zemstvo*. Mientras, la izquierda se quedaba atrás. Hasta después de la Primera Guerra Mundial y la revolución bolchevique, la mayoría de los socialistas permanecieron apegados a ideas utópicas o de origen *communard* de un Estado posrevolucionario mínimo. En el siglo XX, continuó la oleada estatalista, y afectó a la mayor parte de los países del mundo. Aunque algo maltrechos por el reciente resurgir del neoliberalismo, se supone que los Estados en el «sur» deben coordinar el desarrollo social y económico. Son *estatalistas*.

Por último, la región estaba dominada por imperios dinásticos «multinacionales»: el imperio de los Habsburgo, el de los Romanov y el otomano. Por tanto, entrecruzados con los habituales conflictos de clase, llegaron los conflictos entre imperio y poblaciones locales. En la era de la democracia, estos conflictos pasaron de ser conflictos entre elites a ser conflictos entre supuestas comunidades nacionales.

¹¹ V. Pérez-Díaz, *The Return of Civil Society*, Cambridge, MA, 1993.

Las elites locales, que reclamaban para sí derechos de representación, expuestas a presiones desde abajo, intentaron movilizar a «todo» el pueblo contra el enemigo imperial y sus clientes locales¹². Los alemanes, rusos y turcos imperialistas –y más tarde los húngaros– respondieron con sus propios nacionalismos «revisionistas». Los croatas, rutenios y otros pueblos podían sentir rencor por la pasada dominación bosnia/turca y por la actual dominación serbia, los rumanos podían sentir rencor hacia los húngaros, los eslovacos podían sentirlo hacia los checos, y casi todos podían sentir rencor hacia los alemanes y rusos que antes les dominaban. Los judíos, antiguos clientes de los gobernadores imperiales y, con frecuencia, una minoría aparentemente privilegiada que dominaba los negocios, los oficios y la educación superior, eran odiados indiscriminadamente en las naciones recién liberadas. Por tanto, el *nacionalismo* creció más allá de los umbrales del liberalismo. Lo mismo sucedió en la resistencia de mediados del siglo XX frente al colonialismo: supuestamente, «todo» el pueblo indígena se movilizó contra los explotadores coloniales y sus clientes.

El nacimiento del organicismo

A partir de estos tres impulsos, dos hacia el estatalismo y uno hacia el nacionalismo, se desarrolló –y continúa haciéndolo– el Estado-nación orgánico. Daré un ejemplo temprano¹³. En 1882, tres jóvenes políticos austríacos presentaron el «Programa Linz», con el que pretendían fundar un nuevo partido, el *Deutsche Volkspartei*, el Partido del Pueblo Alemán. El programa combinaba el nacionalismo alemán con el sufragio universal y con una legislación social progresista. Denunciaba por igual el liberalismo, el capitalismo del *laissez faire* y el socialismo marxiano. Los tres hombres declaraban que mientras que los liberales eran partidarios de una Constitución que englobara el conflicto de intereses, ellos defendían la «sustancia» de la democracia. Su legitimidad, decían, se basaba en la unidad del pueblo, «el bien común», «los intereses del pueblo». El proyecto de partido nunca se materializó. Los tres se separaron y se marcharon a fundar sus propios partidos. Adler se convirtió en dirigente de los socialdemócratas, Lüger creó los Socialistas cristianos y Schönerer fundó lo que sería el Partido Panalemán: éstos fueron los tres partidos de masas de la Austria de entreguerras, y dos de ellos generaron movimientos fascistas de masas.

Estos jóvenes austríacos estaban ratificando una idea *orgánica* del pueblo y del Estado. El pueblo, decían, era único e indivisible, unido, íntegro. Por tanto, su Estado no tenía por qué estar basado en la institucionalización del conflicto. Un movimiento nacional podía representar al pueblo, superando a la larga todo conflicto de intereses

¹² Véase M. Mann, *The Sources of Social Power*. Vol II: *The Rise of Classes and Nation-States, 1760–1914*, Cambridge, MA, 1993, cap. 10.

¹³ Extraído de E. Schmidt-Hartmann, «People's Democracy: The Emergence of a Czech Political Concept in the Late Nineteenth Century», en *East European History*, editado por S. J. Kirchbaum, Columbus, 1988 –Schmidt-Hartmann cita también como ejemplo un movimiento muy similar entre los políticos checos de la década siguiente.

entre grupos sociales. El conflicto de clases y los intereses sectoriales no debían contemporizarse sino superarse. A principios del siglo xx, surgió la idea de que el agente superador podría ser el Estado.

Las ideas organicistas tenían dos vicios evidentes. En primer lugar, conducían al estatismo autoritario. Pocos partidos únicos, ya sean de izquierdas o de derechas, han sido capaces de mantener la democracia interna de partido. Sin una competencia institucionalizada en su interior, los partidos únicos sucumben a las elites y a los dictadores. ¿Quién debe expresar la esencia supuestamente singular del pueblo? Dada la auténtica diversidad de las comunidades humanas, un Estado controlado por una elite o un dictador puede afirmar con mucha mayor facilidad que habla con una voz singular. Por tanto, la auténtica democracia orgánica resultó transitoria, pues a la larga se contradecía a sí misma. En segundo lugar, el organicismo conducía a la exclusión de las comunidades minoritarias y de los adversarios políticos de la plena pertenencia a la nación. Estos nacionalistas terminaron por creer en: 1) una esencia nacional, distinguible de otras esencias nacionales; 2) su derecho a un Estado que expresara fundamentalmente esta esencia; 3) su derecho a excluir a «otros» con esencias diferentes que debilitan la nación.

Así pues, en el este de Europa las minorías de finales del siglo xix se vieron sometidas a una presión creciente, que condujo de la integración inducida a la forzosa y, desde allí, a la emigración forzosa¹⁴. Los judíos se llevaron la peor parte. Dos millones y medio de judíos del este de Europa reaccionaron emigrando hacia el oeste en las décadas anteriores a 1914. Los *pogrom* rusos se estaban intensificando, llegando a la limpieza homicida. Entre 1881 y 1883, los judíos se convirtieron en el chivo expiatorio del asesinato del zar Alejandro II. Los políticos y la prensa avivaron el fuego y las autoridades zaristas parecían estar poco dispuestas a intervenir. Pese a todo, se trataba principalmente de estallidos desde abajo, protagonizados en especial por hombres jóvenes que trabajaban en la industria y que proyectaban su malestar laboral sobre los judíos¹⁵. Había, por tanto, muchas más palizas, violaciones y saqueos que asesinatos premeditados. La siguiente explosión rusa fue más política y, por consiguiente, más sanguinaria. Estalló entre 1903 y 1906, espoleada por la guerra con Japón y la revolución de 1905. Los *pogroms* a pequeña escala crecieron a medida que el descontento por el alistamiento obligatorio se proyectaba sobre los judíos. Se hicieron aún más mortales cuando los judíos fueron atacados como supuestos «socialistas» por turbas contrarrevolucionarias incitadas por políticos conservadores. El gobierno zarista se mostraba ambivalente, alarmado por la escalada de violencia, murieron 3.000 judíos, pero consciente de que los *pogroms* podían ser utilizados para procurarse el apoyo popular derechista. Durante este período, el sionismo político, el obje-

¹⁴ La mayoría de las cifras sobre emigraciones que manejo están extraídas de R. Pearson, *National Minorities in Eastern Europe, 1848–1945*, Londres, 1983, y de M. Marrus, *The Unwanted: European Refugees in the Twentieth Century*, Oxford, 1985.

¹⁵ J. Klier, «Unravelling of the Conspiracy Theory: A New Look at the Pogroms», *East European Jewish Affairs*, vol. 23, 1993, pp. 78–89.

tivo de una patria en Palestina, se extendió entre los judíos como una opción forzada de «salida», de tono laico e izquierdista. En efecto, dado que cada vez sufrían más ataques derechistas, los judíos que intentaron quedarse se desplazaron a su vez más a la izquierda, provocando todavía más a los nacionalistas de derechas.

Pero no se trataba sólo de los judíos. Durante este mismo período, más de cinco millones de europeos orientales no-judíos emigraban también de áreas en las que constituían minorías; se trataba principalmente de eslovacos, croatas, alemanes y eslovenos. Durante el siglo XIX, cada derrota turco-otomana en Europa tenía como resultado éxodos en masa y numerosos asesinatos de musulmanes. El capítulo final llegó durante las guerras balcánicas de 1912, con medio millón de súbditos otomanos cristianos huyendo hacia el norte y puede que un número aproximado de musulmanes huyendo hacia el sur, ambos por temor a las represalias, dado que se les identificaba con el enemigo de guerra. El nacionalismo orgánico, acompañado por un estatalismo creciente, se estaba intensificando. Pero la Gran Guerra lo llevó hasta el genocidio efectivo, en el cual estos refugiados jugaron un papel desproporcionado.

El genocidio armenio

La guerra también trajo consigo el genocidio a gran escala. Las matanzas de armenios a manos de los turcos en 1915 no deberían considerarse como algo marginal con relación a Europa, cometido en el seno de una civilización islámica atrasada o «bárbara». Fueron cometidas por un Estado laico modernizador, es más, un actor principal en la política de poder europea, comprometido con los ideales europeos más avanzados. Así pues, trataré el caso con cierto detenimiento.

El número de víctimas superó el millón, entre el 50 y el 70 por 100 del total de armenios en tierras turcas¹⁶. Si la cifra fue un poco más baja que el porcentaje de víctimas judías en la «Solución Final», fue principalmente porque un mayor número de armenios pudo huir a países neutrales: 350.000 de ellos consiguieron llegar a Europa, constituyendo el mayor grupo de refugiados de la guerra. La decisión genocida fue tomada por el Comité de Unión y Progreso (CUP), la máxima instancia del gobierno *ittihadista*. (Jóvenes Turcos). Las órdenes fueron transmitidas por medio de gobernadores *ittihadistas* y comandantes de grupos del ejército de confianza a las autoridades civiles, policiales y militares locales. En todos los niveles hubo funcionarios que se negaron a acatarlas. En la mayoría de los casos conocidos, fueron destituidos y reemplazados por hombres especialmente seleccionados por el CUP. Los funcionarios indecisos, deseando proteger su carrera, se sometieron a la disciplina en el acto. Junto a las ad-

¹⁶ Hoy en día existen varios estudios fiables de este genocidio —por ejemplo, V. Dadrian, *The History of the Armenian Genocide*, Providence, 1995; R. Hovannisian (ed.), *The Armenian Genocide in Perspective*, New Brunswick, 1986; G. Libaridian, «The Ultimate Repression: The Genocide of the Armenians, 1915–1917», en *Genocide and the Modern Age*, editado por Wallimann y Dobkowski.

ministraciones civiles y militares oficiales, actuaba un tercer organismo genocida, la famosa «Organización Especial», que contaba con 30.000 miembros. Sus oficiales, aunque no los soldados rasos, habían sido especialmente seleccionados por su compromiso con los objetivos de limpieza ittihadista¹⁷.

El núcleo del movimiento ittihadista estaba compuesto por jóvenes oficiales del ejército y profesionales urbanos, especialmente médicos, propugnadores de objetivos modernizadores, que dirigían la misma operación política que estaba teniendo lugar en media Europa. (El número de refugiados europeos también era considerable.) Habían derrocado al régimen otomano de Abdul-Hamid en 1909 en nombre de la democracia, aunque sin ser explícitos sobre el tipo de democracia que pretendían instaurar. Una vez en el gobierno, intensificaron rápidamente el nacionalismo orgánico que ya estaba creciendo en el seno de su movimiento, puesto que deseaban repudiar lo que ellos denunciaban como el «atrasado», multiétnico y multirreligioso Imperio otomano. Aunque veían en el precepto islámico de la *Jihad* (batalla o guerra santa) una oportuna fuerza de movilización de masas, concebían la identidad de su nación más en términos étnicos que islámicos. Para ellos, su pueblo era «turanio», lo cual hacía referencia a la población de habla turca que ocupaba las tierras que se extendían desde Turquía hacia el este, adentrándose en Asia central —se trataba de los supuestos descendientes de los grandes conquistadores Atila, Gengis y Timur/Tamerlán. ¡Resulta impresionante el parecido que se da aquí con los mitos históricos de la media docena de nacionalismos orgánicos europeos de la época! De hecho, había un rival europeo que reivindicaba ser heredero de este mismo manto «turanio»: el movimiento fascista húngaro. Los ittihadistas querían refundar un imperio recientemente destruido por los poderes europeos, reorientándolo hacia Asia Occidental.

Los ittihadistas veían en los armenios un obstáculo en su camino hacia esta meta. Dado que los turcos habían perdido sus tierras cristianas, los armenios eran ahora la minoría cristiana más numerosa que quedaba, claramente vinculada a los europeos que habían conquistado a los turcos otomanos. Sus comunidades principales estaban al este del país, amenazadoramente a caballo de las líneas de comunicación con el resto del pueblo turanio. En tanto que cristianos ortodoxos orientales, contaban con la protección externa de Rusia y algunos armenios estaban apoyando de hecho a los rusos, quienes, a cambio, les prometían un Estado. Todas estas características parecían hacerles cómplices de los enemigos de la nación orgánica turania. En realidad, lo que desencadenó las verdaderas masacres fue la desastrosa derrota del ejército de Enver Pacha, enviado al Cáucaso contra los rusos en 1915. Los armenios se convirtieron en los chivos expiatorios y, bajo condiciones de guerra, ni la entente occidental ni Rusia pudieron protegerles. En este sentido,

¹⁷ V. Dadrian, «The Role of the Special Organisation in the Armenian Genocide in the First World War», en *Minorities in Wartime*, editado por P. Panayi, Oxford, 1993, p. 68; *The History of the Armenian Genocide*, pp. 43–49.

su estatus de «enemigos amenazadores» del Estado-nación orgánico se parece extraordinariamente al de los judíos. Merece la pena preguntar por qué fueron los armenios, en lugar de los griegos, los judíos o los kurdos, los que cargaron con la peor parte de la furia turca. La respuesta parece estar en el hecho de que los griegos y los judíos estaban protegidos por potencias extranjeras, especialmente por el poderoso aliado alemán, mientras que a los kurdos se les consideraba demasiado «primitivos» para ser verdaderamente amenazadores: eran candidatos a la integración forzosa, pero no a la limpieza homicida. En este sentido, por tanto, la «Solución Final» judía no fue única, sino el peor acontecimiento de una secuencia, iniciada en 1915, de genocidios perpetrados por el estatalismo nacional orgánico moderno.

Hacia el genocidio nazi

La Primera Guerra Mundial intensificó el éxodo de población entre las minorías y, en ocasiones, aumentó las coacciones contra ellas. De este modo, por ejemplo, alrededor del 10 por 100 de los serbios fueron rodeados por el ejército austríaco y enviados a campos en Bulgaria y Hungría, principalmente para ser utilizados en trabajos forzados. La guerra acabó destruyendo la mayoría de los Estados multinacionales; debilitó gravemente el conservadurismo tradicional, con su desconfianza hacia las masas; proporcionó un modelo económico de cómo la intervención y la planificación estatalista podrían llevar a cabo el desarrollo; y sus ejércitos de movilización de masas iban a suministrar un modelo militar y paramilitar de acción colectiva popular en la persecución de objetivos nacionalistas.

El fin de la guerra trajo consigo una oleada de *pogroms* aún más politizados en la Europa del Este, dado que la extrema derecha asociaba su enemigo político, el «bolchevismo», con enemigos étnicos. Los derechistas alemanes e italianos atacaron a los eslavos, aunque los judíos continuaron siendo el blanco predilecto. Aunque a menudo los izquierdistas también eran antisemitas o antieslavos, sus líderes reconocían que esto era en principio impropio, ya que entra en contradicción con el internacionalismo socialista o anarquista. En la guerra civil rusa, pocos *pogroms* fueron perpetrados por unidades del Ejército Rojo, siendo los propios campesinos locales responsables de bastantes más. Pero el 25 por 100 de las 100.000 víctimas —el 10 por 100 de los judíos ucranianos— fueron asesinados por nacionalistas ucranianos, y más de la mitad murieron a manos del Ejército Blanco. Los Blancos culpaban de las desgracias de Rusia a los «microbios nocivos» de la «conspiración judeo-bolchevique», en una siniestra anticipación del lenguaje de las SS. Ni siquiera los Blancos más «liberales», los *Kadets*, condenarían los *pogroms*. Una vez derrotados, en su huida, estos derechistas trajeron a Occidente los infames e influyentes *Protocolos de los sabios de Sión*, un manual falso para una supuesta conquista judía del mundo. La idea, compuesta de una conspiración «judeo-bolchevique», se extendió por todo el este del continente. Los movimientos derechistas a lo largo de Rusia, Ucrania, Polonia, los Estados bálti-

cos, Rumania y Hungría iniciaron a las poblaciones locales en el asesinato de judíos¹⁸.

Por entonces, la limpieza por emigración fue ratificada oficialmente por los tratados de paz de 1918, que hacían efectiva la doctrina de Woodrow Wilson de la «autodeterminación nacional». A excepción de Checoslovaquia y Yugoslavia, cada Estado fue estrictamente asignado a un grupo étnico dominante, que comprendía al menos el 65 por 100 de la población. Los descontentos tenían derecho a cambiar de Estado en el plazo de un año. Se contaba con que muchas personas de grupos minoritarios se trasladarían a un Estado en el que formarían parte de una mayoría étnica. Pasado un año, aquellas minorías que permanecieran en el mismo territorio tendrían que esperar que su Estado respetase las cláusulas del tratado que garantizaban los derechos de las minorías. A menudo no lo hicieron, y las potencias mostraron poco interés en imponerlas. Los tratados incrementaron el flujo de refugiados tal y como se esperaba. Pero la realidad de la emigración, jamás expresada en los tratados, era que se trataba de una emigración forzosa, fomentada por la violencia local y la incautación de propiedades y, en ocasiones, impuesta por los Estados. Hacia 1926, había aproximadamente 10 millones de refugiados europeos, entre ellos millón y medio intercambiados a la fuerza entre Grecia y Turquía (de ellos, 1.200.000 provenían de Turquía), 280.000 intercambiados de forma similar entre Grecia y Bulgaria, dos millones de polacos, más de dos millones de rusos y ucranianos, cerca de un millón de alemanes, alrededor de 250.000 húngaros y 200.000 estonios, letones y lituanos.

Frente a los sesenta millones de europeos que habían estado gobernados por una potencia extranjera antes de 1914, sólo entre 20 y 25 millones lo estuvieron después. En Europa del Este, las nacionalidades subordinadas habían sido reducidas en sólo cinco años de la mitad a un cuarto de la población. Los derechos de ciudadanía estaban ahora sustancialmente identificados con la etnia. Este tipo de limpieza étnica no vivía al margen de la sociedad occidental. Estaba alentada por sus grandes potencias, europeas y americanas. Y todo ello había ocurrido mucho antes del ascenso de Hitler.

El giro conservador

En el período de entreguerras, el nacional-estatalismo orgánico, que implicaba intentos de exclusión de las minorías y de la oposición política de la plena pertenencia a la nación, creció en Alemania, Austria, Italia, Polonia, Lituania, Letonia, Estonia, Rumania, Hungría, Bulgaria, Grecia, Checoslovaquia (dominada por los checos), Yugoslavia (dominada por los serbios) y Turquía. Los movimientos nacionalistas sin Estado, tales como los eslovacos, los ucranianos y los croatas, siguieron el ejemplo. Todos ellos ambicionaban Estados ba-

¹⁸ P. Kenez, «Pogroms and White Ideology in the Russian Civil War», en *Pogroms: Anti-Jewish Violence in Modern Russian History*, editado por J. Klier & S. Lambroza, Cambridge, 1992; Marrus, *The Unwanted*, pp. 62–64.

sados en una nación orgánica, negando la importancia del conflicto de clase y excluyendo a otras nacionalidades de la plena ciudadanía. En principio no eran movimientos mayoritarios. Pero empezaron a crecer repentinamente cuando los conservadores dieron un giro histórico mundial: para competir con la izquierda, intentaron movilizar al pueblo bajo la bandera del nacionalismo¹⁹. A lo largo y ancho del centro, este y sudeste de Europa, conservadores y nacionalistas sumaron sus fuerzas. En ocasiones, los conservadores se apoderaron de la indumentaria populista e incluso fascista, al tiempo que suprimían a los verdaderos fascistas. Este tipo de nacionalismo orgánico demostró ser extraordinariamente fructífero, y llegó a dominar los Estados y movimientos mencionados anteriormente, a excepción de los regímenes checo y búlgaro, bastante más moderados, y de los movimientos eslovaco y croata, que estaban más divididos. Sólo unos pocos de entre estos movimientos llegaron hasta el fascismo, pero prácticamente todos adoptaron una organización fascista, la formación paramilitar, proclamada como la vanguardia armada del «pueblo» y potencialmente capaz de sembrar el terror entre sus «enemigos», así como de reducir al silencio la posible oposición en el interior del «pueblo».

La presencia de los conservadores aseguraba un fuerte sesgo de clase en la mayoría de los movimientos y en el fascismo menos que en el resto. Pero los adversarios de la izquierda eran condenados como enemigos casi-étnicos de la nación. A los liberales se les acusaba de «internacionalistas» extranjeros y a los socialistas de «internacionalistas» o «bolcheviques», un término que pretendía sugerir connotaciones tanto «rusas» como «asiáticas». Las minorías religiosas y étnicas representaban intereses y Estados «extranjeros». Los liberales recibían el trato más moderado: se reventaba sus mítines, se zanzaba brutalmente a sus líderes y se les privaba de sus cargos a través de elecciones fraudulentas en medio de un clima de intimidación. Los socialistas recibían un trato más duro: en ocasiones se les proscibía y se encarcelaba a sus militantes, llegando a veces al asesinato. Los paramilitares eran la punta de lanza de todas estas actividades. Pero el socialismo sólo es un sistema de creencias. Si los socialistas renunciaban a sus creencias, podrían integrarse en el «nosotros, el pueblo»: se trataba de una integración forzosa. Las minorías religiosas sufrían un trato con más modulaciones. Casi todos estos Estados, junto con los tres principales movimientos sin Estado, tenían su propia Iglesia, que supuestamente expresaba el «alma» de la nación. Las Iglesias minoritarias sufrían persecuciones, mitigadas en el caso de que pudieran ejercer influencia a través de otros Estados. Las sectas religiosas menores, tales como los Testigos de Jehová o los Inocentistas Ortodoxos, sin protección exterior, sufrieron peor suerte. No obstante, las religiones cristianas eran sistemas de creencias y, como en el caso de los socialistas, sus seguidores podían optar por la conversión. Durante la Segunda Guerra Mun-

¹⁹ Michael Mann, «Sources of Variation in Working-Class Movements in Twentieth-Century Europe», *NLR*, 212, julio-agosto de 1995, pp. 14–54. [Véase *NLR*, 0, enero de 2000, Akal Ediciones, Madrid, pp. 47–96.]

dial, los paramilitares croatas *ustaše* emprendieron conversiones masivas y forzosas de serbios ortodoxos, aunque salpicadas de masacres masivas.

Pero, en torno a la década de 1930, los ataques se dirigieron principalmente contra minorías étnicas. Alemanes y checos, alemanes y polacos, polacos y ucranianos, rumanos y magiares, etcétera, se veían unos a otros como portadores de diferentes esencias perdurables en el tiempo, en parte biológicas, en parte culturales, pero no muy maleables. Para proteger la unidad total de su nación, las nacionalidades dominantes aprobaron leyes en los ámbitos de la educación y la función pública que discriminaban a las minorías. También restringieron la libertad de asociación de las organizaciones culturales y políticas minoritarias. Pero incluso la integración forzosa resultaba insuficiente para muchos.

Lo que sucedió después estuvo influido por el ascenso del fascismo, el poder histórico-mundial de Alemania y el accidente histórico-mundial que fue Hitler. Sin la idiosincrasia del liderazgo nazi, habría habido muchas menos probabilidades de genocidio que de fases intermedias de limpieza étnica. No obstante, los genocidios nazis y «la Solución Final» pueden verse como la apoteosis de lo que he venido describiendo.

De la limpieza al exterminio

El primer grupo en ser asesinado fue el de los discapacitados psíquicos no judíos alemanes y austríacos. Los nazis llevaron la práctica de esterilización de los discapacitados psíquicos y de los «desviados» (asimilación biológica), muy difundida en la Europa protestante y la América de principios del siglo XX, hasta la limpieza homicida. Setenta mil enfermos mentales fueron asesinados para preservar la «pureza biológica del pueblo» antes de que la guerra hubiera siquiera comenzado. A partir de ese momento, los paramilitares de las SS capitanearon el genocidio. Casi 200.000 enfermos más fueron asesinados a medida que la red se ampliaba, después de 1939, para incluir a enfermos polacos, rusos y franceses²⁰. Después, en un estallido de «limpiezas de nativos» al más puro estilo colonial, más de dos millones de polacos fueron asesinados con el fin de limpiar la región para los colonizadores arios²¹. Ésta fue la extrema culminación de las tensiones que se habían mantenido durante algún tiempo entre alemanes y polacos que vivían como minorías en el interior de los Estados respectivos.

Los dos blancos siguientes resultaron ser los principales: judíos y rusos. Cerca de seis millones de judíos, aproximadamente tres cuartas partes de los judíos europeos, fueron asesinados despiadadamente.

²⁰ M. Burleigh, *Death and Deliverance: «Euthanasia» en Alemania, 1900–1945*, Cambridge, 1994.

²¹ Para los índices de asesinato entre las naciones eslavas, véase M. Berenbaum (ed.), *A Mosaic of Victims. Non-Jews Persecuted and Murdered by the Nazis*, Nueva York, 1990.

Aunque el asesinato de alrededor de siete millones de civiles soviéticos no judíos y de tres millones de prisioneros de guerra soviéticos constituyó fundamentalmente una limpieza homicida *política*, dirigida contra personas descritas por los nazis como «bolcheviques», también se describía constantemente a las víctimas en términos raciales, como *Untermenschen*, «subhumanos». A la inversa, los judíos, aparentemente un objetivo racial/religioso, eran descritos rutinariamente en términos políticos como «judeo-bolcheviques». Se veía a judíos y rusos como aliados en una «conspiración internacional» de izquierdas. También se conectaba a los judíos con una segunda «conspiración internacional», que involucraba al capitalismo financiero y a las potencias liberales que habían humillado a Alemania después de la Primera Guerra Mundial. Las órdenes de asesinato expedidas a las tropas alemanas entrelazaban rutinariamente objetivos políticos y raciales: «judíos, gitanos, miembros de razas inferiores, asociales y comisarios políticos soviéticos», o «todos los elementos racial y políticamente indeseables entre los prisioneros» o «asiáticos de segunda clase», «criminales», «elementos antisociales» y «agitadores y sabotadores». Por último, fueron los gitanos y los distintos pequeños grupos étnicos, como los casubos, sorabos y krimtchaks, junto con personas con alguna discapacidad física, reincidentes, homosexuales y Testigos de Jehová, quienes se convirtieron en un objetivo, en buena medida por motivos de eventual coherencia ideológica. Al igual que otros nacionalistas orgánicos más moderados, los nazis habían desarrollado un sentido mixto, político-étnico y nacional-internacional, del enemigo que debía ser purgado.

Aunque muchos «alemanes corrientes» estuvieron implicados como responsables del genocidio, el núcleo del estado mayor estaba constituido por «auténticos nazis». En mis recientes investigaciones sobre las biografías de 1581 de criminales de guerra alemanes, que solían ser o bien los líderes o bien los asesinos más recurrentes de entre los responsables, he dado con el hecho de que prácticamente todos eran miembros de organizaciones nazis, que dos tercios tenían un largo historial de actividades nazis y que más de la mitad tenían experiencias anteriores de violencia extrema. También muestro que fueron reclutados de forma desproporcionada en los «principales distritos nazis», es decir, territorios fronterizos «perdidos» o «amenazados», el sector público y profesiones entre cuyas prácticas la ideología nazi resonaba con fuerza. Todas estas experiencias hacían de ellos fervientes nacional-estatalistas, ansiosos por limpiar la razzia orgánica a través de todos los pasos necesarios, incluida la masacre masiva. Estos nazis también encontraron a sus principales colaboradores homicidas entre los movimientos nacionalistas orgánicos y los grupos paramilitares que he estado comentando: la Cruz del Trueno y las fraternidades y milicias derechistas de Letonia, el Frente Activista Lituano, la ONU ucraniana, los «derechistas radicales» y los fascistas húngaros y rumanos, las Guardias Hlinka eslovacas, la Ustaše croata. Todos ellos afirmaban que su justificación residía en la amenaza combinada, político-étnica y nacional-internacional, contra la nación orgánica. Entre ellos, los rumanos aprovecharon la oportunidad sin vacilaciones para matar también a los nacionalistas

ucranianos y a los Inocentistas Ortodoxos, mientras que los *ustaše* limpiaron su tierra de serbios, asesinando casi a 400.000 y forzando a la conversión a un número semejante. Incluso los fascistas italianos, que en su origen tenían una perspectiva cultural y no racial de la nación, avanzaron hacia el racismo mientras perpetraban el genocidio en Etiopía. Cerca del fin de la guerra, muchos de ellos dirigieron su atención hacia los judíos.

Organicismo izquierdista

Existía una versión izquierdista del organicismo, aunque en el período de entreguerras la aparición de éste en la izquierda fue más lenta y menos profunda. La nueva URSS pronto adoptó el estatalismo que los movimientos socialistas de preguerra, y especialmente los movimientos comunistas, habían denunciado²². Hacia septiembre de 1918, la independencia de los soviets, de los sindicatos y de la ley prácticamente había desaparecido y la policía secreta, la *Cheka*, se dedicaba a cometer sus primeros asesinatos. Se declaró que el destino de la clase enemiga, los kulak, había de ser el «exterminio despiadado», se construyeron campos de concentración y el «Terror Rojo» fue inaugurado formalmente. El estatalismo era visto más como una necesidad política que como un principio moral, a diferencia de lo que ocurría en la extrema derecha. No obstante, parte del lenguaje bolchevique empezaba a parecerse al lenguaje fascista. Trotski pronunció un famoso discurso con un título decididamente fascista: «El trabajo, la disciplina y el orden salvarán la República Socialista Soviética». En ocasiones, elogió también las virtudes paramilitares: los problemas económicos, declaró, debían ser «asaltados» con «ejércitos disciplinados» de trabajadores. Al igual que los fascistas, los bolcheviques dieron estatus y privilegios a los «veteranos», sus líderes vestían camisas militares y usaban metáforas extraídas de formaciones de infantería para describir a los revolucionarios: asalto a la fortaleza, tropas de choque, campañas, brigadas de trabajo, etc. La violencia ayudaría a generar la «moralidad socialista» y el «Hombre Soviético», los equivalentes de la «moralidad alemana» y del «Hombre Nuevo» nazis. La idea de «dictadura del proletariado», en estado latente desde la revolución, fue resucitada entre los marxistas.

Con todo, los «enemigos» de los bolcheviques eran distintos de los «enemigos» de los fascistas. Los bolcheviques no tenían una concepción inicial de enemigos nacionales, pese a haber luchado en la guerra civil contra nacionalistas ucranianos y de otro tipo. Afirmaban que su Estado no encarnaría a la nación (rusa) sino al proletariado transnacional. Admitiendo que su territorio contenía muchas nacionalidades, aceptaban un multiculturalismo que no rehuía la cuestión étnica sino que estaba vinculado al federalismo. La Unión Soviética era una federación de «repúblicas nacionales soberanas», cada una de ellas con su propia autonomía republicana, si bien las nacionalidades menores disfrutaban de menor autonomía. Por tanto, los enemigos del proletariado no eran rivales étnicos sino adversarios polí-

²² Richard Pipes, *The Russian Revolution*, Nueva York, 1991, caps. 15–18.

ticos, clases y potencias extranjeras. Los adversarios políticos eran los blancos, los kadets, los socialistas revolucionarios y los mencheviques, y más tarde los trotskistas y la oposición de «izquierdas» y de «derechas». Pero todos ellos eran por lo general la vanguardia de un segundo enemigo, las clases opuestas. La marcha hacia delante del proletariado estaba siendo subvertida por la burguesía, la pequeña burguesía, las clases feudales y los «kulaks». No obstante, y en tercer lugar, dado que la Unión Soviética estaba «rodeada» de potencias extranjeras hostiles que enviaban ayuda a estos enemigos, los miembros de las clases opuestas eran acusados rutinariamente de «extranjeros», «traidores», «espías» y «saboteadores» promovidos desde el exterior.

Por tanto, «el proletariado» pasó a significar «el pueblo», acosado por enemigos internos y externos vinculados entre sí. Encontramos aquí un parecido más que superficial con las nociones fascistas de enemigo. Desde 1920, Lenin describía a los «enemigos de clase» en términos que anticipaban desconcertantemente a las SS: «garrapatas», «arañas», «sanguijuelas», «parásitos», «insectos», «chinchas», «pulgas». Tal y como el de las SS, el lenguaje sugería enemigos tanto «amenazantes» como «dehumanizados», que «infectaban» al pueblo y requerían una «purga».

Stalin llevó esta actuación mucho más allá. La industrialización y la colectivización forzosa, argüía, estaban siendo subvertidas por enemigos de clase casi irredimibles, en especial la clase «kulak». Puesto que nadie sabía a ciencia cierta quién era un kulak (Lenin había inventado en buena medida el término) y casi todos los campesinos se oponían a la política del régimen, los oficiales locales y los paramilitares itinerantes tenían que hacer su propio análisis de clase, rellenando formularios encabezados por la siguiente rúbrica: «Purga de elementos antikulkoz y extraños a la clase de las granjas colectivas». Etiquetaban la clase según indicadores muy diversos. Lynn Viola afirma que el indicador clave era cualquier tipo de vínculo con el «antiguo régimen» (*byvsnie liudi*)²³. Esto incluía latifundistas y terratenientes nobles, el clero, cargos eclesiásticos, miembros de sectas eclesiásticas (especialmente baptistas y evangelistas), campesinos acaudalados, campesinos que se habían sumado a las reformas de Stolypin del último período zarista y que habían «separado» sus tierras de la comuna, empresarios, comerciantes, tenderos, funcionarios y policías zaristas, caciques cosacos, administradores de fincas y autoridades rurales, junto con cualquier otra persona que hubiera apoyado a los Blancos, a los socialistas revolucionarios o a los nacionalistas ucranianos durante el período de la guerra civil. Vemos aquí el entrelazamiento de etiquetados políticos y de clase en una búsqueda algo frenética de enemigos. En ocasiones, los comunistas locales fueron mucho más allá de lo que los oficiales de partido de rango superior deseaban, definiendo la clase en términos de herencia y desahogando el resentimiento local en segundas e incluso ter-

²³ L. Viola, «The Second Coming: Class Enemies in the Soviet Countryside, 1927–1935», en *Stalinist Terror: New Perspectives*, editado por J. A. Getty & R. Manning, Cambridge, 1993.

ceras generaciones. La elite bolchevique condenaba tal invocación de las líneas de sangre. Viola sostiene que el estalinismo implicaba «un compuesto de guerra política desencadenada desde arriba» y de «antagonismos tradicionales» desencadenados desde abajo. Con todo, ambos procesos se dirigían fundamentalmente contra enemigos de clase.

Sangre y clase

Por tanto, la masacre en masa estalinista no era exactamente la completa depravación del socialismo. El socialismo había adquirido un fuerte sentido del «otro» extraño. Especialmente bajo Stalin, aunque la purga comenzó años antes, los adversarios del socialismo fueron eliminados a millones porque, en tanto que «burgueses», o «pequeños burgueses», o *kulaks*, o vinculados al antiguo régimen, eran «enemigos de clase» enfrentados al «proletariado». Dado que éste último había sido convertido en «el pueblo», otras clases eran «enemigas del pueblo». En Asia, los comunistas chinos y camboyanos fueron más lejos, aceptando las líneas de sangre como una manera de identificar a los enemigos de clase. La población china fue clasificada en 1948 en personas con antecedentes de clase «buenos», «neutrales» y «malos». Por tanto, sus padres —y, más recientemente, sus abuelos— definían de qué lado estaban. Los jémeres rojos llevaron esta actuación a extremos mucho más sanguinarios, llegando a una suerte de «clasicidio», análogo al genocidio, con el asesinato de aproximadamente la mitad de los camboyanos con antecedentes burgueses. Pero cuando vincularon este tipo de prácticas a un nacionalismo orgánico más convencional, cayeron. Con el comienzo de la limpieza homicida de vietnamitas, el ejército del Vietnam comunista les invadió y les depuso.

Un pequeño número de partidos socialistas fue mucho más allá en el camino orgánico. Afirmaban ser, de hecho, «la vanguardia del proletariado», por lo cual otros partidos, incluso aliados potenciales, representaban supuestamente a otras clases y, por tanto, eran enemigos. El uso que hacía la izquierda española del término *pueblo*²⁴, que significa tanto pequeña localidad como «el pueblo», excluía implícitamente a muchos de la pertenencia a este último: los curas, los propietarios y otros, a los que llamaban «fascistas» —de nuevo, un término «extranjero»—, fueron asesinados en cuanto ajenos al *pueblo*²⁵. No obstante, durante el período de entreguerras, la mayor parte de los izquierdistas se dieron cuenta de que para tomar y conservar el poder, necesitaban una base de apoyo más amplia de lo que era la clase trabajadora por sí sola. Intentaron, por consiguiente, movilizar un área de influencia más populista, cuya denominación oscilaba entre «el pueblo», «el pueblo trabajador», «las masas trabajadoras» o «trabajadores y campesinos». Incluso Stalin comenzó a invocar al pueblo empleando un término mucho más antiguo y menos proletario, el *narodny*, que incluía tanto a campesinos como a trabajadores. El so-

²⁴ En castellano en el original. {N.del T.}

²⁵ En castellano en el original. {N.del T.}

cialismo continuó comprometido con el internacionalismo socialista y mantuvo su tolerancia para con la mayoría de las comunidades étnicas. La URSS a menudo alentó enérgicamente los «subnacionalismos» comprendidos en el interior de sus fronteras, excepto en el caso de naciones supuestamente «desleales» durante la Segunda Guerra Mundial. Los socialdemócratas se remitían al pueblo en términos más inclusivistas que exclusivistas. Los socialdemócratas nórdicos afirmaban encarnar el *Volke*, como en eslóganes asistenciales del tipo «la casa del pueblo», «la salud del pueblo» y «la seguridad del pueblo». Pero en esta terminología, nadie quedaba excluido.

No obstante, tanto el fascismo como el comunismo eran fruto de una temática política central de la modernidad: afirmaban representar concepciones orgánicas alternativas de «nosotros, el pueblo»: el pueblo como una clase trabajadora particular y el pueblo como una nación íntegra. Concebían los Estados dictatoriales como detentores del proyecto moral de depurar el pueblo de sus enemigos. El fascismo y el comunismo pertenecían a la misma familia de ideales políticos que la democracia liberal. Ambos eran esencialmente modernos y constituían la cara oculta de la democracia, generada por ideales organicistas y no liberal-democráticos.

La limpieza después de 1945

He mostrado cómo la modernidad generó dos concepciones diferentes de democracia. En primer lugar, los regímenes de la Europa noroccidental y de los colonos blancos mostraron un pronunciado sentido del conflicto de clase y buscaron institucionalizarlo. Por consiguiente, desarrollaron y profundizaron entre ellos formas de democracia liberal no orgánica. Pero los colonos blancos desarrollaron una concepción orgánica del conjunto de su comunidad en cuanto contrapuesta a los «otros» extraños indígenas. Practicaron duras formas de limpieza étnica sobre estos últimos, incluido el genocidio. En segundo lugar, las circunstancias diferentes que se vivían en el centro, este y sur de Europa, supusieron que no fuese la estratificación de clase sino la étnica la que se convirtiese en una cuestión política central. A diferencia de las clases, la mayor parte de las comunidades étnicas o religiosas no son necesariamente interdependientes. Pueden vivir dentro de sus propias comunidades purificadas, con su propio Estado orgánico, y estaban haciéndolo de forma creciente. En dos sentidos distintos, por tanto, la limpieza étnica y política, masiva y homicida, no es realmente la antítesis de la democracia, como suele pensarse. Más bien, constituye su envés.

Esta historia tampoco termina en 1945. Por entonces los alemanes sufrieron ferozmente las repercusiones de la limpieza. De los 17,7 millones de alemanes que vivían al este de las dos Alemanias de la posguerra y de Austria (sin incluir los 2 millones que vivían en la Unión Soviética), 1,1 millones fueron asesinados en la guerra, 11,7 lograron huir a Alemania, 2,1 millones murieron o desaparecieron durante la huida y sólo 2,6 millones se quedaron en el este. Aproximadamente 100.000 croatas fueron pasados a cuchillo por los ser-

bios en el momento en el que se rendían, y 150.000 turcos fueron expulsados de Bulgaria. Hasta que Yugoslavia saltó en pedazos, no hubo más masacres masivas. Pero desde Bulgaria continuó la emigración forzosa de turcos: alrededor de 350.000 se desplazaron en 1989 y los que se quedaron fueron obligados a adoptar nombres búlgaros. Posteriormente, Checoslovaquia se dividió, pacíficamente, en dos Estados monoétnicos y puede que un tercio de los últimos dos o tres millones de alemanes que quedaban en el este se trasladaron en tropel a «su patria», la Alemania unida.

Pero, ¿no ha terminado ya esta historia? ¿No ha triunfado ahora el Estado-nación liberal estratificado? Hacia 1945, el fascismo estaba desacreditado; el socialismo de Estado cayó en su mayor parte entre 1989 y 1991. Y ¿no domina la democracia liberal en toda la Europa occidental, gran parte de la Europa central y algunas zonas de la Europa del Este, así como en áreas de América Latina y del este y el sur de Asia? La democratización está decididamente correlacionada con características centrales de la modernidad: con el nivel de desarrollo económico, con el grado de alfabetización y con los procesos de urbanización. Sin embargo, los estudios revelan que el nivel absoluto de desarrollo económico aparentemente requerido para una transición a la democracia ha crecido ininterrumpidamente a lo largo del siglo xx. La democracia liberal se está haciendo más difícil de alcanzar. Su extensión se ha producido en ocasiones por la fuerza, como ocurrió en el caso de Alemania, Austria, Italia y Japón. También se ha generalizado a lo largo de redes culturales determinadas, entre vecinos, correligionarios, parientes y amigos. Los investigadores han observado un «efecto británico», por el cual en antiguas colonias británicas, como la India o las islas del Caribe, existen más posibilidades de que se den regímenes liberal-demócratas que en ex colonias de otras potencias. El reciente giro en la política exterior, tanto de los Estados Unidos como del Vaticano, en apoyo de la democracia y los derechos humanos ha reforzado sus posibilidades en el sur. De momento, las perspectivas de la democracia liberal parecen favorables. Pero nada garantiza que tales estímulos particularistas continúen.

Hacia la homogeneidad étnica

En cualquier caso, allí donde ha triunfado la democracia, a menudo se ha teñido de organicismo. Europa se está acercando realmente al fin de su trayectoria secular hacia la homogeneización étnica. En 1991, Kosovo era albanés en un 90 por 100; Eslovenia, eslovena en un 88 por 100; Croacia, croata en un 78 por 100; Serbia, serbia en un 66 por 100; Macedonia, macedona en un 65 por 100. Los musulmanes bosnios formaban sólo el 44 por 100 de la población de Bosnia, pero la limpieza allí y en Croacia se intensificó rápidamente, alcanzando el asesinato en masa y el éxodo desesperado de refugiados. Cuando los albaneses de Kosovo sean eliminados por completo por asesinato o expulsión o consigan su propio mini-Estado, todos los Estados de la antigua Yugoslavia estarán compuestos en un 80 por 100 por una única etnia. Éste es el caso de los dos mini-Estados que forman lo que antaño fue una Chipre unida. Podemos seguir el ejem-

plo de la mayoría de los medios de comunicación y de los políticos occidentales y echar la culpa de esta limpieza a las perversas maquinaciones de unos pocos criminales de guerra. Sin duda, en todos los casos que he mencionado, los movimientos organicistas tuvieron que luchar para vencer a sus rivales. Sus victorias fueron construidas cuidadosamente, a menudo tras combates cuerpo a cuerpo y en parte con métodos coercitivos y no vinieron dadas históricamente. Pero han tenido también un aspecto popular. En las elecciones cruciales de finales de 1990, los partidos nacionalistas ganaron la mayoría en todas las repúblicas de la antigua Yugoslavia. Algunos de ellos, sobre todo en Serbia y en Croacia, ya tenían tendencias organicistas, pero casi todos los demás las desarrollaron rápidamente. Evidentemente, desde 1991 en adelante, el electoralismo confluyó con el militarismo y el paramilitarismo en el descenso hacia la limpieza homicida. El paramilitarismo ha continuado siendo ante todo una parte esencial del organicismo «popular», empleando sus poderes coercitivos característicos para silenciar las dudas en el interior del pueblo, así como para eliminar al enemigo. Pero, tal y como hemos visto, estos movimientos viven en el centro de la tradición europea. No resulta sorprendente que hayan tenido éxito, dado que pueden enarbolar la poderosa ideología de «Nosotros, el pueblo; ellos, el enemigo». ¿Dónde se ha producido en la Europa moderna un resultado diferente?

Pronto sólo quedarán tres áreas específicas de composición multiétnica a lo largo de toda la gran Europa. Los rusos continuarán constituyendo minorías importantes en muchos Estados ajenos (y viceversa). ¿Se sostendrá esta situación? Resulta difícil decirlo. En segundo lugar, en Europa occidental siguen existiendo unos pocos Estados multiétnicos más antiguos: el Reino Unido, Suiza y España, junto con la relativamente recién llegada Bélgica a partir de 1830. Su carácter multiétnico se remonta a la era preorgánica, cuando la cuestión étnica importaba poco. De entre estos países, sólo Irlanda del Norte conserva su capacidad de matar, aunque el terrorismo vasco aún no ha llegado a su fin. Todos los demás países de la Unión Europea son ahora en más de un 80 por 100 monoétnicos. De hecho, la emigración entre los países de la UE ha experimentado un declive constante a lo largo de los últimos cuarenta años. En tercer lugar, sin embargo, la inmigración hacia Europa occidental desde el exterior de sus fronteras constituye hoy en día entre el 5 y el 10 por 100 de la mayor parte de las poblaciones nacionales. No obstante, estos inmigrantes, a diferencia de las minorías del período de entreguerras, no son vinculados de forma convincente por los nacionalistas a algún tipo de amenaza externa a la nación. Ciertamente, los inmigrantes musulmanes, especialmente en Francia, pueden conectarse con los miedos cristianos al Islam vecino. Pero la mayor parte de los inmigrantes en Europa son odiados por motivos más materiales: la competencia por el empleo y la vivienda. Este tipo de conflicto entre grupos de intereses materiales tiene más fácil solución que las supuestas «amenazas» a la pureza de la nación.

El nacionalismo orgánico, excluyente hasta el punto de llegar a la limpieza homicida, ha sido, por tanto, una de las contribuciones

europas a la modernidad. Naturalmente, una vez que la nación ha sido limpiada, se requiere poca violencia adicional. Los Estados-nación pueden prosperar impecablemente sobre las fosas comunes de quienes fueron purgados —en los Estados Unidos, en Australia, en Alemania— y, en su día, quizás en Serbia. En la América del Sur y Central, así como en algunas zonas de Asia y Oceanía, la limpieza de pequeños pueblos indígenas continúa, perpetrada en su mayor parte por colonos paramilitares locales. El colmo de la ironía es que las ex colonias de pioneros, que fueron purgadas en su día y que posteriormente han recibido inmigración masiva, pueden incluso hacer gala de su multiculturalismo. Si bien los pueblos indígenas permanecen en silencio porque están ausentes, los nuevos inmigrantes no han sido asociados con un Estado externo, ni exigen autonomías regionales amenazantes. Lo que los estadounidenses llaman «multiculturalismo» es en gran medida apolítico, en el sentido de que estas culturas no exigen Estados rivales. Y puesto que los inmigrantes apenas suponen una amenaza para el Estado-nación, los nativos no reaccionan con el nacionalismo orgánico, dándose por satisfechos cuando el gobierno refuerza las fronteras contra la nueva inmigración.

En efecto, hoy en día, la limpieza homicida es bastante poco común en todas partes. Aunque puede detectarse nacionalismo orgánico en gran parte de la teoría política del «Tercer Mundo» y del «Sur», la mayoría es bastante moderada. El primer ministro de Malaysia ha justificado un régimen predominantemente de partido único en función de «la filosofía según la cual el grupo y el país son más importantes que el individuo». Le gusta llamar a esta perspectiva «asiática», en contraposición con «occidental», si bien la reivindicación de una nación orgánica en realidad es totalmente europea. El este y el sudeste asiático comprenden diversos Estados, algunos de ellos en su mayor parte monoétnicos (como Japón y Corea), otros notablemente multiétnicos (como la India). En unos pocos Estados el potencial es mayor. En algunos países islámicos, y en la India e Israel, han surgido fuertes reivindicaciones «fundamentalistas» que afirman que tal pueblo religioso es el detentor de la absoluta verdad y virtud, contra el error, la decadencia y el pecado de los extranjeros y de los laicos. Un Estado teocrático fuerte debe expresar esta verdad: su propia intolerancia es considerada virtud. Existen también zonas de limpieza étnica homicida en Sri Lanka e Indonesia. En general, sin embargo, pocos Estados de Oriente Medio o Asia parecen correr mucho peligro de caer en el nacionalismo orgánico. Y esto también es cierto para África. Evidentemente, el «tribalismo» es la plaga política predominante del continente y ello genera atrocidades intermitentemente. Sin embargo, puesto que la mayor parte de los países africanos contienen muchas etnias, sus regímenes son necesariamente coaliciones entre grupos étnicos, lo cual ayuda a contener el nacionalismo orgánico. Las excepciones se encuentran allí donde un cisma religioso proporciona un cemento potencialmente organicista a estas coaliciones (como en Sudán o Nigeria) o en el puñado de casos donde existen únicamente dos etnias predominantes (como en Burundi o Ruanda). Merece la pena apuntar que, en este último caso, los períodos de masacres y emigración forzosamente masivos

han sido precipitados por movimientos de los hutu enarbolando el estandarte organicista de la «democracia mayoritaria».

El ocaso del estatalismo

Afortunadamente, la otra mitad de la fórmula organicista, el estatalismo extremo, languidece, únicamente proclamada por algunos fundamentalistas religiosos. Los principales exponentes históricos del estatalismo extremo, el fascismo y el comunismo, fracasaron tan desastrosamente que hoy en día todo el proyecto estatalista parece desacreditado. Los actuales regímenes autoritarios orgánicos hacen creer que son democráticos o que avanzarán en breve hacia la democracia. Las palabras «fascista» y «comunista» han pasado a ser meros insultos genéricos. Esto significa que, a excepción de unos pocos fundamentalistas, no estamos tratando con movimientos tan ideológicos, tan impermeables a las preocupaciones pragmáticas, como los nazis. Con el tiempo, sin embargo, este rechazo contextualizado del Estado todopoderoso probablemente se desvanecerá. En ese momento, podrían volver a aprovecharse los valores estatalistas extremos para poner en marcha movimientos de limpieza que adopten el nacionalismo orgánico, generando ideologías tan feroces como el fascismo.

¿Qué lecciones cabe extraer de la historia que he trazado acerca de dónde y cuándo puede haber probabilidades de que se desencadene una fuerte limpieza étnica y política? ¿Podemos identificar contramedidas que podrían emplearse para desactivarla? En primer lugar, debemos renunciar a la falsa suficiencia conferida por la idea de que la aparición de la democracia liberal es el resultado inevitable de la modernización. En segundo lugar, debemos aceptar el hecho de que la democracia liberal no surgió de la armonía sino del conflicto social, especialmente del conflicto de clases. Su fortalecimiento requiere la aceptación realista de tal conflicto y la voluntad de llegar a un acuerdo institucionalmente. En tercer lugar, la democracia orgánica suele aparecer allí donde un «pueblo» dominante vive entre una o dos minorías étnicas o religiosas, identificables de forma verosímil como algún tipo de «amenaza» al pueblo dominante. Esta percepción de una amenaza debería afrontarse de manera realista y no rechazarse simplemente. Por lo general, ha surgido cuando los supuestos representantes del «pueblo» dominante pueden asociar de manera verosímil a una minoría con un enemigo o explotador exterior, ya sea un Estado extranjero o una «conspiración internacional». La identificación de tales enemigos posibilita la cohesión del conjunto del pueblo orgánico, que salva así sus conflictos sociales internos. En cuarto lugar, esto ha implicado distintos tipos de amenaza. Allí donde la minoría está concentrada regionalmente y apoyada por un Estado vecino, la amenaza es de posible pérdida de territorio con respecto a ese Estado. Allí donde existe concentración y apoyo desde regiones no vecinas y extranjeras, la amenaza es de posible secesión y fundación de un nuevo Estado. Allí donde no se da una concentración regional de la minoría, la amenaza se siente como una explotación internacional más difusa, como es el caso de las nociones históricas de «ca-

pitalismo financiero judío» o de «judeo-bolchevismo». En quinto lugar, debemos comprender la naturaleza de la principal institución que reúne a los líderes, «al pueblo» y a su coerción conjunta sobre las minorías: los grupos paramilitares armados, una forma de organización inconfundiblemente moderna y populista.

Por tanto, deberíamos preocuparnos en cierta medida por varias zonas del mundo actual. Muchos países en vías de desarrollo tienen una etnia o religión dominante y muchos contienen minorías con fuerte implantación regional, algunas de las cuales forman una mayoría en un Estado vecino. Muchos experimentan cierto grado de explotación por parte del imperialismo extranjero y/o del capitalismo internacional, al que algunas minorías locales pueden ser vinculadas de forma verosímil y, con ello, llegar a ser consideradas mucho más poderosas de lo que sería justificable con relación a su número. Por último, el tipo de armas ligeras con las que cuentan los paramilitares, que permiten a grupos bastante pequeños de hombres jóvenes encerrar a su propia comunidad en la cárcel del nacionalismo orgánico, nunca han sido tan fáciles de conseguir. Todo esto constituye una receta para el nacionalismo orgánico intermitente que de vez en cuando se precipita hacia la limpieza homicida.

Prevenir el genocidio

¿Podemos ayudar desde el Norte a los países del Sur a salvarse del peor de los pronósticos, es decir, de nuestras propias experiencias pasadas? Deberíamos reflexionar sobre la historia de la soberanía popular que he bosquejado. El sistema occidental hegemónico de democracia liberal ha sacralizado una forma de soberanía mayoritaria y territorial. Con frecuencia, ha añadido un alto grado de centralización estatal, aunque ésta no es una característica universal. Estas cualidades nunca han sido positivas a la hora de tratar con minorías concentradas espacialmente y éste es el motivo por el cual quedan tan pocas en los países occidentales. Los pocos países «raros» más antiguos, como Suiza o Bélgica, que desarrollaron prácticas confederales y asociativas de reparto del poder que no son meramente mayoritarias, contienen realmente soluciones más adecuadas para tales conflictos. De hecho, la Yugoslavia comunista tardía estaba avanzando, en cierto modo, hacia la disipación de la idea de la existencia de una ubicación no problemática de la soberanía territorial. Si la comunidad internacional hubiera entendido esto y hubiera comprendido además los peligros de sustituirla por una serie de Estados-nación mayoritarios y soberanos, entonces se podría haber evitado este terrible estallido de limpieza étnica homicida²⁶. La democracia es una forma de régimen político tan problemática como cualquier otra.

Deberíamos buscar también un régimen internacional más sensible a los conflictos regionales, que redujera en lugar de ampliar la desigualdad en el Sur y que estimulara la institucionalización del conflicto social interno, especialmente el de clase. Sin embargo, en es-

²⁶ Véase S. Woodward, *Balkan Tragedy*, Washington D.C., 1997.

tos últimos años, las instituciones internacionales han procurado liberar al capital de «la mano muerta» de la regulación, y se ha obligado a las economías a experimentar la «terapia de choque» del libre mercado, prácticamente sin prestar la mínima atención a las consecuencias en términos de desempleo, niveles de salario, protección de los trabajadores y reacciones políticas. Nada podría ser más susceptible de generar reacciones nacionalistas locales extremas contra la explotación extranjera y contra cualquier minoría local que pueda ser conectada de forma verosímil con ella, tal y como ocurre con los capitalistas chinos en Indonesia y en otros sitios, considerados los supuestos «judíos» de Asia. Por último, el Norte debe ejercer un control mucho mayor sobre sus propias ventas de armas, tanto de las armas pesadas de represión estatal, como de las armas ligeras sobre las que florece el paramilitarismo. Las armas de fuego se adelantan a las urnas electorales, puesto que los paramilitares al empuñarlas afirman representar la vanguardia del pueblo. Con esta industria, el beneficio capitalista subvierte la democracia liberal.

Si todo esto fracasa, podríamos encontrarnos una vez más frente a la masacre masiva. En los casos más extremos, deberíamos estar preparados para aprobar una intervención política y militar enérgica y un rápido juicio internacional de los crímenes contra la humanidad. Pero también deberíamos examinar tanto el presente como el pasado con mayor realismo y honestidad. La limpieza étnica y política ha sido central en la modernización tanto del Viejo como del Nuevo Mundo. Debemos reconocer lo difícil que fue y continúa siendo alcanzar la democracia liberal o la socialdemocracia multiétnica moderna. El nacionalismo orgánico es más popular de lo que se reconoce habitualmente. Allí donde todo lo demás fracasa, realmente necesitamos planes Vance-Owen, respaldados por toda la fuerza necesaria, para contribuir a que el organicismo se desvíe hacia grados más moderados de limpieza, alcanzados gracias a negociaciones conjuntas, a través de intercambios consensuados de población y propiedad, modificaciones en las fronteras, etc. Siempre hace falta algo más aparte de las denuncias piadosas de las maquinaciones de líderes perversos. Si no se ve acompañada por una acción más constructiva o exhaustiva, la mera amenaza a los líderes puede en realidad aumentar su popularidad local. Dado que nosotros mismos vivimos en Estados purgados étnicamente, nuestras denuncias huelen también a hipocresía.